

ES

## EDITORIAL

### Sin poesía no hay ciudad

*Los que sabemos que la falta  
es lo único esencial  
merodeamos las calles nocturnas  
de la ciudad*

**Cristina Peri Rossi**

Hace más de cincuenta años Roland Barthes ya sugería que para conocer mejor una ciudad no es necesario multiplicar encuestas o estudios funcionales, sino aumentar las lecturas que nos posibilita. La literatura ofrece numerosos ejemplos de miradas que configuran un espacio y un tiempo urbanos sentidos a través de la escritura. Pero también la música, las matemáticas, las artes plásticas y escénicas o la arquitectura complementan con sus propios lenguajes otras lecturas históricas, sociológicas, geográficas o políticas de la ciudad. Eso si hablamos desde parámetros académicos y formales. Una mirada más indisciplinada nos ofrece un campo de visión mucho más poliédrico y desordenado, una perspectiva repleta de narraciones informales que muestran las ciudades desde múltiples experiencias, tanto individuales como colectivas.

Todas estas lecturas posibles remiten a las diversas formas de escribir la ciudad. Se escribe sobre ella en libros, cuadros o partituras, pero también sobre su piel (en muros, mobiliario, asfalto...). Y es precisamente esta expresión la que en ocasiones se vuelve más significativa, no por cierta o efectiva, sino por dinámica, imprevisible y viva. Desde que en 1996 el poeta mexicano Armando Alanís Pulido decidiera hablar a través de los muros, el arte callejero extendió por todo el mundo lo que se ha dado en llamar acción poética. De ahí proviene la afirmación de que sin poesía no hay ciudad y de ello se desprende que el sentido de lo urbano viene determinado por el tipo de acciones comunicativas que promueve. En el caso de la acción poética la expresión amorosa se confunde con la lucha, la irreverencia y la protesta entre grafitis y performances. Así, las pancartas de una manifestación contra la invasión rusa en Ucrania pueden deslizarse sobre las protestas de amor en un paso de cebra; la celebración de un trofeo futbolístico puede pasar en un bus estridente frente a un silente acto contra la violencia machista; y el tik-tok que unas niñas graban en la calle puede estar siendo captado por las cámaras de vigilancia de una sucursal bancaria para la que, por otra parte, ellas son esencialmente invisibles.

Estamos probablemente en el momento más caótico en cuanto a acciones comunicativas urbanas se refiere. La experiencia estética de la ciudad, la que es provocada por lo visual, pero también por los sonidos, los olores y el tacto, propicia numerosos estímulos y estos a su vez generan un caldo de cultivo para que cobren nuevos significados las palabras y los actos de las personas que la habitan. En este número, kult-ur se suma a la reflexión sobre la gestión simbólica que se hace en la ciudad a través de las formas de comunicación. Como apuntan los coordinadores del monográfico, el guirigay de discursos sobre lo que se quiere hacer de una ciudad y lo que esta hace sin preguntar a nadie acaba definiéndola. Las relaciones sociales, económicas y políticas que juegan en ese entramado comunicativo ponen en evidencia lo crucial que es atender a los modos de expresar el poder en lo urbano porque es ahí donde se hace tangible la posibilidad de subversión y de transformación. Hablamos de poder en su sentido más material, aquel que se refleja en decisiones administrativas, sentencias judiciales o acciones mercantiles. Pero también aludimos al poder en un sentido más amplio, esto es, aquél que alude a la percepción que tienen los sujetos de ser y de estar en una ciudad: las formas de vivir y relacionarse.



La experiencia de la ciudad siempre nos advierte de la tensión entre la singularidad y lo compartido, lo privado y lo público. Precisamente en este conflicto estriba la riqueza de las lecturas posibles sobre lo urbano. La actual insistencia de organismos internacionales por recuperar lo común para hacer efectivos los llamados Objetivos para el Desarrollo Sostenible (ODS), no es sino una nueva vuelta de tuerca a la necesidad imperante de recuperar el maltrecho vínculo social. Que ahora las calles se llenen de proclamas poéticas al tiempo que las reivindicaciones vecinales exigen una revitalización política, es una señal de que este lazo no puede sostenerse a base de consignas ni imperativos. Contrariamente, debe forjarse desde la conjunción de estas emergentes expresiones y la reformulación de los espacios de reconocimiento y acción colectiva.

Cristina Peri Rossi, reciente Premio Cervantes, expresa lúcidamente cómo la conciencia de la subjetividad –y podríamos decir también de la ciudadanía– solo roza su sentido más profundo desde la experiencia del exilio. Desde la certeza de la falta las ciudades parecen tan efímeras como las acciones e interacciones que se producen en ellas, y sin embargo constituyen anclajes a los que regresar. La conciencia política de lo urbano debería introducir esta evidencia tan real como contradictoria. Si se asumiera el reto de construir dinámicas de regeneración cultural, social y económica merodeando entre múltiples lenguajes con los que se escribe la ciudad, probablemente nos encontraríamos ante un nuevo escenario de reconocimiento y posibilidad cívica. Datos y estadísticas informan pero no comunican, explican pero no vinculan, porque comunicación y vínculo solo se consiguen si la ciudadanía tiene verdadera voluntad poética.

Castelló, junio 2022